

---

# MANUEL JUSTEL IN MEMORIAM

## LA ABSTENCION ELECTORAL EN ESPAÑA: CERTEZAS E INTERROGANTES

Joan Font Fàbregas  
Universitat Autònoma de Barcelona

---

La abstención electoral, con sus potenciales implicaciones para la legitimidad democrática, su impacto en la correlación de fuerzas políticas o su utilización como arma arrojadiza entre políticos y comentaristas, ha provocado considerables polémicas tanto en el terreno político como en el académico. Si en el primer ámbito destacan las afirmaciones grandilocuentes y con escaso fundamento, en el segundo sobresale, sin duda, la aportación de Manolo Justel. Muy buena parte de los conocimientos que tenemos sobre la distribución, evolución y explicaciones sobre la abstención electoral en España se deben a los trabajos que publicó entre 1990 y 1995<sup>1</sup>. Por otro lado (y probablemente por fortuna), los fenómenos políticos se resisten a ser plenamente explicados y cada aportación hace aparecer simultáneamente nuevos interrogantes. El principal objetivo de este trabajo es precisamente sintetizar qué es lo que sabemos sobre la abstención electoral en España, situando entre estos conocimientos la aportación fundamental de Justel, y, al mismo tiempo, señalar cuáles son algunas de las grandes lagunas e interrogantes que siguen abiertos.

En cierta medida, este artículo pretende hacer como si no hubiera pasado nada y mantener una actividad con la que, con Manolo Justel, habíamos disfrutado varias veces en Madrid y Barcelona: mantener largas charlas sobre la

---

<sup>1</sup> Un primer artículo en 1990 y ya, como resultado de su tesis doctoral, un libro y dos capítulos en otras obras entre 1994 y 1995. Véase bibliografía.

abstención, encontrar puntos de acuerdo, sugerirnos nuevas preguntas y vías de trabajo o discutir, a veces apasionadamente, sobre aquellos aspectos en los que discrepábamos. A veces en persona y otras a través de los respectivos escritos, con Justel hubo siempre aquello que a veces se echa de menos en este país: verdadero debate intelectual. Nunca he sido tan citado ni tan abierta y duramente criticado como en su libro<sup>2</sup>. De la misma manera que su obra era punto de referencia básico y objeto de crítica, a veces dura, en mi trabajo. Esta interesantísima posibilidad de discutir abierta y sinceramente no se encuentra cada día.

El texto se organizará en torno a seis grandes preguntas que sintetizan los principales interrogantes en torno a la abstención electoral en España: ¿Cuándo?, es decir, en qué circunstancias políticas y tipos de elecciones hay más abstención; ¿Dónde?, o sea, en qué zonas y tipos de hábitats se encuentra la abstención más o menos presente; ¿Quién?, donde se discuten los perfiles sociales y las trayectorias electorales de los abstencionistas; ¿Por qué?, donde se sintetizan las grandes explicaciones del fenómeno para el caso español; ¿Cómo?, o sea, cuáles son las ventajas e inconvenientes de cada una de las posibles estrategias de investigación; y, finalmente, ¿Y qué?, es decir, cuáles son las implicaciones políticas de la abstención y sus fluctuaciones. Para cada una de estas secciones se señalarán las evidencias claras, las polémicas y los interrogantes, apoyándonos en la obra de Justel y de los restantes investigadores sobre el tema y aplicando al caso español alguno de los grandes debates existentes a nivel comparado. Precisamente por este carácter de síntesis crítica evitaremos la profusión de datos concretos que se encuentran en las obras referenciadas, así como de referencias exhaustivas a la literatura comparada sobre el tema.

## I. ¿CUANDO?

La evolución de la abstención electoral en España ha sido extremadamente irregular. En elecciones de ámbito estatal ha oscilado entre el 20,1 por 100 de 1982 y el 45,2 por 100 de las elecciones europeas de 1989 (cuadro 1). Incluso si nos atuviéramos al mismo tipo de elecciones, 11 puntos separan el mínimo de 1982 y el máximo de 1979. ¿Cómo se explican estas grandes variaciones? Es preciso distinguir entre dos grandes tipos de explicaciones. En primer lugar, aquellas que nos permiten entender las oscilaciones entre elecciones a una misma institución y que dependerán fundamentalmente de la coyuntura política. En segundo lugar, será preciso entrar a revisar las circunstancias explicativas de la regular diferencia participativa entre las elecciones más participativas (elecciones generales) y las restantes. Este es uno de los temas sobre los que hay más referencias puntuales y menos análisis sistemáticos, por lo que señalaremos algunos hallazgos genéricos y los muchos interrogantes aún abiertos.

<sup>2</sup> Por poner un solo ejemplo de este debate académico constante, la nota 1 del capítulo 12 de su libro (1995a), donde replica a una crítica previa mía a su trabajo de 1990.

## CUADRO 1

*Evolución de la abstención en elecciones de ámbito estatal*

	<i>Legislativas</i>	<i>Municipales</i>	<i>Europeas</i>
1977 .....	21,4		
1979 .....	31,3	40,2	
1982 .....	20,1		
1983 .....		34,3	
1986 .....	29,6		
1987 .....		30,5	31,1
1989 .....	30,3		45,2
1991 .....		37,4	
1993 .....	22,7		
1994 .....			40,5
1995 .....		30,1	
$\bar{X}$ .....	25,9	34,5	38,9

I.1. *Coyuntura política*

La oscilación participativa entre elecciones de un mismo tipo en España es generalmente superior a la que encontramos entre sus vecinos. Subidas o descensos de la abstención de cuatro puntos son noticia de primera página en otros países, mientras que aquí se trata de un cambio moderado (Montero, 1984). Sin embargo, tanto a nivel español como internacional, éste es uno de los temas sobre los que más han tratado las crónicas periodísticas y sobre los que menos han concluido los análisis empíricos. Es decir, a través del recurso fácil al ambiguo concepto de «clima político» se han «explicado» todos los crecimientos y disminuciones de la abstención, sin que nadie haya sido capaz de definir exactamente en qué consiste o cómo se mide ese clima político.

Quizá el concepto más similar en el terreno académico sea el de «competitividad», aunque su alcance sea más limitado. Con él se hace referencia al grado de incertidumbre sobre el resultado electoral, debido al mayor o menor equilibrio de fuerzas entre contendientes. Pero si la operacionalización del concepto es relativamente sencilla en sistemas bipartidistas, las claves de su funcionamiento están mucho menos claras en sistemas de partidos como el español. ¿Es la distancia entre la primera y la segunda fuerza el único factor a tener en cuenta? ¿Hasta dónde inciden también las posibles combinatorias postelectorales, las expectativas sobre existencias o no de posibles coaliciones alternativas de gobierno, la actitud de los medios de comunicación o las distancias ideológicas o de estilo que se perciban entre opciones? Dado el escaso número de elecciones legislativas celebradas desde 1977, la hipótesis de la competitividad no puede corroborarse empíricamente, pero el caso de 1982 (muchísima distancia

entre opciones y, por tanto, poca competitividad y, sin embargo, mucha participación) parece suficiente para demostrar que su formulación debería ser, en cualquier caso, más compleja<sup>3</sup>.

Por tanto, tenemos grandes oscilaciones entre elecciones y carecemos de una explicación general que nos ayude a entenderlas. Sí parece claro que, contrariamente a lo que pareciera en algún momento, no hay una tendencia clara en cuanto a la evolución de las tasas de abstención se refiere. O sea, que no nos encontramos con una dinámica clara de movilización o desmovilización creciente, sino con un comportamiento fluctuante alrededor de elementos coyunturales. Tenemos que conformarnos de momento con explicaciones *ad hoc* para convocatorias particulares: desencanto, abstención de transferencia y ampliación del censo electoral para 1979<sup>4</sup>, elección excepcional y postgolpista para 1982, continuidad para 1979 y 1986, posibilidad de cambio político para 1993, etc. Este es, por tanto, uno de los grandes temas en los que, aun habiendo mucho escrito, queda muchísimo por conocer si queremos ir más allá de la descripción *a posteriori* disfrazada de explicación.

## I.2. Tipos de elecciones

Las elecciones consideradas más importantes, aquellas que sirven para elegir a los miembros del Congreso y buena parte del Senado, registran siempre porcentajes de participación más elevados, con la abstención alcanzando máximos de poco más del 30 por 100. Al mismo tiempo, todas las convocatorias restantes registran niveles de participación significativamente más bajos. Aquí los porcentajes se invierten, con una abstención que ha alcanzado el 45 por 100 y nunca ha llegado a estar por debajo del 30 por 100. Las medias participativas de los tres tipos de elecciones de ámbito estatal plantean claramente la situación: 25,9 por 100 de abstención media en legislativas, 34,5 por 100 en municipales y el máximo del 38,9 por 100 en europeas<sup>5</sup>.

Ahora bien, estas diferencias participativas entre las principales elecciones y

---

<sup>3</sup> Algunas exploraciones realizadas a nivel de elecciones municipales y de CC.AA. también indican que ni la distancia electoral entre partidos ni las expectativas de cambio de gobierno parecen tampoco ser la clave explicativa de las oscilaciones de la participación. El posible papel de las expectativas de alternancia gubernamental, así como sus problemas, están discutidos ya en Montero (1986).

<sup>4</sup> Por abstención de transferencia se entiende el optar por este comportamiento como paso intermedio antes del cambio de opción electoral. En este caso se trataría de votantes centristas de 1977 que habrían optado por no votar antes de dar su voto al PSOE en 1982 (Montero, 1986). Además, en 1979 pudieron votar por primera vez los jóvenes de 18 a 21 años, un sector especialmente abstencionista.

<sup>5</sup> Dejamos de lado las convocatorias autonómicas, dado que un tratamiento no superficial de las mismas exigiría una atención excesiva a las mismas. Un estudio muy completo sobre la abstención en estas convocatorias, en Pallarés (1995).

las restantes se encuentran también en los restantes países occidentales, como reflejo de la distinción que se ha bautizado como «elecciones de segundo orden» (Reif, 1984). Es decir, existe una tendencia muy generalizada a nivel comparado a que haya un tipo de convocatoria electoral especialmente decisiva y participativa, mientras que los restantes procesos electorarios son considerados como de «segundo orden» y registran una afluencia electoral mucho menor (elecciones municipales, autonómicas y europeas en España)<sup>6</sup>.

El gran interrogante en este terreno es cuál es el mecanismo fundamental que provoca el mayor o menor protagonismo de un tipo de convocatorias. Existe una vaga idea de que son consideradas desigualmente importantes por los ciudadanos, pero está mucho menos claro el porqué. ¿Son aquellas elecciones donde se decide sobre la mayor parte de las grandes decisiones políticas y presupuestarias? Quizá, pero no es evidente que la participación en elecciones subestatales sea mayor en los países donde estos gobiernos son más relevantes. Si éste fuera el único componente importante, la participación debería estar creciendo en las elecciones autonómicas españolas a medida que éstas han ampliado su marco competencial y su capacidad presupuestaria, lo cual no parece estar ocurriendo. Los electores parecen ser algo menos «economicistas» y darle un plus de importancia simbólica a las elecciones legislativas, a pesar de que el gobierno central ceda competencias y presupuestos a Europa o a las CC.AA. Tampoco está claro que el criterio sea el tratarse de la institución con la que el ciudadano más se identifica, o con aquella que más le afecta en su vida cotidiana<sup>7</sup>. Coincidimos, por tanto, en que se vota más en la elección considerada más importante, pero en un proceso lento y continuado de pérdida de importancia de las unidades estatales sería preciso afinar algo más a la hora de saber cómo deciden los ciudadanos sobre esta importancia.

Y quizá parte de la respuesta no se encuentre en los electores. Aunque el comportamiento electoral ha puesto tradicionalmente mucho más énfasis en el estudio de los ciudadanos que en el de los partidos, el mercado electoral depende tanto de la demanda como de la oferta, tanto de las predisposiciones ciudadanas como de las actuaciones estratégicas de los partidos. Por ello, para entender los distintos niveles de participación precisamos también de dos componentes: las ideas de los ciudadanos sobre qué institución es más importante (formada, en parte, a partir de su importancia objetiva y, en parte, por tradiciones históricas y componentes simbólicos), así como los esfuerzos movilizadores realizados por los partidos, medios de comunicación y restantes actores sociopolíticos. El primero de estos elementos ha recibido considerable atención, pero el segundo ha sido muy olvidado. Si las campañas electorales son más períodos de movilización que de transformación de la orientación del

---

<sup>6</sup> La comparación de las diferencias participativas entre los distintos tipos de elecciones sub y supraestatales que hay en cada país es difícil de hacer en puridad dada la gran heterogeneidad de instituciones electas y su muy diversa relevancia. Los casos de Alemania, Italia, Gran Bretaña y Holanda aparecen en Font y Virós (1995), y una visión comparada, en Justel (1995a).

<sup>7</sup> El tema se discute en Justel (1995a) y Font (1990).

voto<sup>8</sup>, una variable como el esfuerzo económico y humano de los partidos no debería ser menospreciada, a la hora de entender las tasas de participación resultantes<sup>9</sup>.

En conclusión, existen algunas grandes certezas sobre qué elecciones tienen más probabilidades de ser más participativas, pero éstas se basan en grandes conceptos a veces demasiado abstractos, con dificultades de operacionalización («competitividad»), o cuya razón de ser no está plenamente especificada («segundo orden»). Dadas las importantes variaciones que se registran en este terreno en el caso español, parecería importante que recibiera en el futuro mayor atención.

## II. ¿DONDE?

Esta es seguramente la pregunta en que, cuando menos a nivel descriptivo, contamos con evidencias empíricas más sólidas. Y ello se debe en muy buena medida a las aportaciones de Justel (1990 y 1995a). Dos grandes temas presiden el estudio de la distribución territorial de la abstención electoral en España: su irregular implantación en CC.AA., provincias o regiones naturales y su cambiante distribución respecto al tamaño del hábitat. En cada caso plantearemos cuáles son las informaciones empíricas disponibles y cuáles los debates en torno a su explicación.

### II.1. *Territorios*

Sin entrar en detalles reiterativos sobre la distribución exacta de la abstención electoral en las distintas CC.AA. y provincias del Estado español, de la obra de Justel (1990 y 1995a) destacan dos grandes afirmaciones sobre la distribución territorial de la abstención. En primer lugar, y ya desde su primer trabajo, la constatación de que la abstención en España era geográficamente periférica. Aunque esto no fuera claro en los resultados de 1977<sup>10</sup>, el mapa posterior ha ido evolucionando de manera que hoy encontramos una considerable coincidencia entre zonas costeras y mayores niveles de abstención, mientras que muy buena parte de la España interior se consolida como la zona más participativa<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> La literatura reciente sobre el rol movilizador de los partidos es muy abundante para los casos británico o norteamericano. Entre los trabajos más genéricos destaca Rosenstone y Hansen (1993).

<sup>9</sup> El mismo argumento valdría para los medios de comunicación. ¿Qué porcentaje de las noticias y de la programación se ha dedicado a información electoral la semana antes de las elecciones europeas? ¿Cuál en la semana previa a las elecciones generales? Quizá el efecto sea escaso pero parece interesante explorarlo.

<sup>10</sup> Para la abstención en esta primera convocatoria, véase Vallés (1981).

<sup>11</sup> Entre las excepciones, el nivel de participación elevado en la Comunidad Valenciana frente a la relativa desmovilización reciente de Madrid.

El interrogante que se abre, sin duda, tras esta evidencia es hasta dónde nos está mostrando algún tipo de relación causal o si se trata sencillamente de una correlación empírica casual. ¿Tiene alguna lógica que las zonas costeras sean más abstencionistas? De hecho, aunque esta constatación se encuentra prácticamente ausente de la literatura comparada sobre el tema, sería posible apuntar algunas explicaciones parciales. Podríamos hablar del abstencionismo de zonas pesqueras (Justel, 1990), tanto por la población que pasa largas temporadas en el mar como por el impacto que este tipo de actividad pueda tener en la politización general de la comunidad. O del impacto de un importante sector turístico, donde se han constatado en algunos casos mayores niveles de abstención (Borge y otros, 1994), probablemente asociados a la escasa presencia sindical en el sector, a la precariedad de las condiciones de trabajo y, en algunos casos, a la propia movilidad de la población trabajadora, características todas ellas clásicamente asociadas a un mayor abstencionismo (Lipset, 1987). Sin embargo, la relación es seguramente más casual que causal y el factor costero es realmente poco importante a la hora de explicar los distintos niveles de abstención<sup>12</sup>. Aunque pesca o turismo puedan explicar parcialmente fenómenos locales de Galicia o Baleares, respectivamente, no son fundamentales para entender la distribución territorial de la abstención en España. El mar como alternativa a las urnas en un domingo soleado, aun siendo una hipótesis ampliamente destacada por los medios de comunicación, tampoco parece una explicación plausible con carácter general.

La otra gran aportación de Justel (1995a) al tema se encuentra en su clara demostración del fracaso explicativo de las hipótesis de la «modernización» para entender dónde se vota más o menos en España<sup>13</sup>. La tradicional cadena causal a mayor desarrollo económico, mayor presencia de clases medias, las cuales fomentan un mayor asociacionismo que, a su vez, da lugar a una mayor participación electoral, no parece funcionar en el caso español. Aunque la hipótesis no sólo sea razonable, sino que también ha sido ampliamente demostrada en otros contextos, todas las variables agregadas asociadas a una mayor «modernidad» presentan aquí una correlación negativa con la participación electoral elevada. No se trata de pensar que en España un mayor desarrollo provoque mayor apatía electoral, pero sí podemos pensar en los cambios socio-comunicativos surgidos desde la formulación de esta interpretación en los años sesenta.

Las tradicionales relaciones entre estructura social y predisposición al voto se han modificado con el peso creciente de los medios de comunicación. Si hace treinta años vivir en una zona menos desarrollada y con menor presencia de asociaciones podía significar quedar muy alejado de los canales informativos y de politización, la globalización informativa actual ha hecho perder relevan-

---

<sup>12</sup> Por poner sólo un ejemplo muy parcial, Girona es la provincia catalana tradicionalmente más participativa, a pesar de ser aquella que cuenta con un mayor sector turístico.

<sup>13</sup> Una aplicación de la misma para interpretar la abstención gallega, en Sequeros (1987).

cia a este factor. Como ha dejado claro toda la teoría al respecto, votar no es una de las actividades políticas que requiere mayor sofisticación y la información suficiente para ser movilizado se encuentra tan presente en el centro de Madrid como en cualquier aldea rural.

En definitiva, tenemos algunas certezas sobre dónde se vota más o menos y algunas ideas sobre qué hipótesis podemos descartar. Está mucho menos claro cuáles son las explicaciones apropiadas para entender esa mayor abstención de las zonas periféricas y de las más desarrolladas.

## II.2. *Tamaño del hábitat*

Si en muchos terrenos las pautas de comportamiento de la abstención española son plenamente homologables a nivel comparado, su distribución según el tamaño de las poblaciones contrasta con las pautas tradicionales de pequeñas poblaciones más despolitizadas y abstencionistas y grandes municipios más participativos. Precisamente éste es otro de los terrenos donde la aportación de Justel (1995a) ha sido más novedosa y concluyente: la abstención española es cada vez más urbana.

Tradicionalmente se consideró a las zonas rurales como ámbitos especialmente propicios para la abstención. La menor presencia de agentes movilizados y, en algunos casos, la presencia de población dispersa, con el consiguiente incremento de los costos de ir a votar, se combinaban para dar lugar a una menor afluencia a las urnas<sup>14</sup>. Aún en 1977 pareció que el voto tenía un importante componente urbano y algunas zonas de población dispersa presentaban algunas de las menores tasas de participación<sup>15</sup>. Sin embargo, en los ochenta la tendencia se revertirá completamente hasta dar lugar a una abstención fundamentalmente urbana.

A este comportamiento aparentemente anómalo cabe hacerle tres matizaciones. En primer lugar, el cambio no se produce sólo en España, sino que existe una tendencia similar en otros lugares, y muy particularmente en Italia (Corbetta i Parisi, 1995). En segundo lugar, aunque el fenómeno aparezca en todas las elecciones, es especialmente intenso allí donde se reveló ya en primer lugar, las elecciones municipales. Finalmente, más que una gran abstención constante en las ciudades, encontramos en ellas la gran bolsa de abstencionismo intermitente que es responsable de las grandes oscilaciones en este comportamiento.

Así, aunque, como siempre, la constatación sea más clara que la explica-

<sup>14</sup> Por poner sólo un ejemplo, la importancia del factor dispersión de la población está claramente documentada en el estudio de Vilanova (1986) sobre la abstención en la Cataluña de la Segunda República.

<sup>15</sup> Es el caso de Galicia, que fue durante años la Comunidad Autónoma claramente más abstencionista, o de zonas de Lérida donde aparecía una clara asociación dispersión/abstención (Inglá y Pallarés, 1981).



ción, esta urbanización de la abstención aparece como un fenómeno bastante natural. En primer lugar, porque la mejora de las comunicaciones y de las redes de información han hecho desaparecer las razones que justificaban la mayor abstención rural. Por el contrario, parece muy probable que en el mundo rural tenga hoy más fuerza el componente del voto como «deber cívico» con la comunidad, mientras que en muchos núcleos urbanos la decisión de ir a votar o no sería mucho más táctica e instrumental en función de la coyuntura del momento. Finalmente, la acentuación de esta tendencia en las elecciones municipales puede deberse tanto al mayor valor relativo del voto en las poblaciones de menor tamaño como (más probablemente) a la importancia que en éstas tiene el conocer personalmente a los candidatos, con la capacidad de movilización clientelar (en el mejor sentido de la palabra) que ello puede suponer<sup>16</sup>. En cualquier caso, casi todas estas interpretaciones son hipótesis que deberían reforzarse con más investigación empírica.

### III. ¿QUIEN?

Hablar de quién son los abstencionistas significa tradicionalmente enumerar cuáles son sus principales características sociológicas y políticas y compararlas a las del conjunto de la ciudadanía o bien a su grupo complementario, el de los votantes. Pero aunque éste es un ejercicio importante e imprescindible, presupone una categorización previa que no siempre es fácil de hacer: ¿quién son los votantes y quién los abstencionistas? Aunque responder a esta pregunta para una elección en concreto no supone ninguna dificultad, a menudo existe cuando menos la impresión de que puede distinguirse a un núcleo más o menos claramente diferenciado de votantes habituales de otro sector no menos nítidamente definido de abstencionistas impenitentes. La realidad dista de parecerse a esta imagen y, por ello, la segunda sección de este apartado estará dedicada a hablar de las trayectorias más o menos constantes de abstencionistas y votantes. Empezaremos por el ejercicio clásico de comparar votantes y abstencionistas para ver qué explicaciones nos sugiere su composición y qué interrogantes se nos plantean a la luz de los debates teóricos sobre el tema.

---

<sup>16</sup> Una anécdota que ilustra en cierto modo los dos últimos argumentos. En un reciente proceso electoral pasé buena parte de la mañana cerca del único colegio electoral de una pequeña población costera. Un lugareño estuvo todo ese tiempo junto al colegio y saludó y charló con cada una de las personas que salían de él. La presión social que puede suponer que un conocido sepa quiénes han votado en la población es un factor a no menospreciar. De hecho, no hace falta que haya nadie frente al colegio, pues cualquiera de los miembros de la mesa electoral conocerá a muchos de los abstencionistas.

---

### III.1. *Los perfiles de la abstención*

Ya en 1960, Lipset (1987) realizó una caracterización típica de los abstencionistas que ha ido adquiriendo el carácter de referencia y punto de comparación clásico. La mayor parte de los estudios posteriores no ha hecho más que reforzar la imagen de solidez de ese perfil, que reaparece en sus rasgos fundamentales en muy variadas latitudes y circunstancias. Sin embargo, es posible realizar dos importantes matizaciones a la contribución de Lipset, probablemente muy conectadas entre sí. En primer lugar, algunos de estos perfiles sufren variaciones importantes entre países o incluso llegan a invertirse en algunos casos. Así, las diferencias participativas entre clases sociales son máximas en los EE.UU. y mínimas en Suecia, o las diferencias entre géneros que parecían claras hace treinta años se esfuman hoy en todo el mundo occidental. En segundo lugar, aunque una lectura pausada de Lipset lo hace aparecer como mucho menos determinista de lo que a menudo se ha dicho, la versión habitual de las teorías de este autor hace aparecer la mayor propensión de algunos grupos a la abstención como un correlato casi natural de sus posicionamientos sociológicos. Como anteriormente, volvemos a encontrarnos un nuevo caso de énfasis casi-exclusivo en los electores. Pero si resulta que los trabajadores no votan menos allí donde están mejor representados en el Parlamento, y que las mujeres han ido participando más a medida que sus voces y sus problemas se han ido planteando más en las instituciones, es que probablemente no se trate tanto de determinismos sociológicos como de respuestas estrechamente relacionadas con la capacidad de representación de partidos e instituciones. Todo ello sin negar que la desigual distribución de recursos en la sociedad provoque una predisposición desigual (muy desigual a veces) a escuchar los llamados movilizadores de los partidos. Es decir, a unos partidos les va a costar más que a otros movilizar a sus votantes, pero la tendencia a una mayor abstención de algunos grupos no es el resultado inexorable de su situación social, sino del encuentro o desencuentro entre estos intereses sociales y las estrategias de los partidos.

¿Hasta dónde valen estos razonamientos para el caso español? En general, hay una coincidencia notable en señalar que los perfiles de los abstencionistas españoles se parecen en buena medida a los descritos por Lipset. Por ejemplo, en la línea de lo ocurrido en la mayor parte del mundo occidental, las diferencias entre hombres y mujeres se han reducido notablemente hasta casi desaparecer. La unanimidad es prácticamente absoluta al considerar las diferencias por edades, con los jóvenes como el sector más abstencionista, una mayor participación de los adultos y un nuevo crecimiento de la abstención alrededor de los setenta años<sup>17</sup>. En el caso del estado civil, la constatación empírica es clara: los casados votan mucho más que los solteros.

<sup>17</sup> Para los viejos, véase Justel (1983). El autor considera que entre la abstención de este grupo hay parte asociada a fenómenos propios de la vejez (peor salud, más aislamiento) y otros relacionados con su composición concreta en la España de los ochenta (gran presencia de personas con bajos niveles de estudios, entre otros).

Las polémicas son mayores cuando hacemos referencia al conjunto de variables socioeconómicas que nos indican la posición social de cada individuo. Justel (1995*a*) es concluyente al respecto al considerar a la abstención española poco estratificada socioeconómicamente, en la línea de lo que ha dicho buena parte de la literatura sobre orientación del voto. Aunque sus datos parecen concluyentes, hay al menos dos grandes razones para ser cauto al respecto. Las encuestas españolas acostumbran a utilizar indicadores socioeconómicos poco elaborados, de tal modo que aquellos trabajos que han utilizado variables mejor definidas han hecho aparecer una relación entre ocupación y voto que muchos estudios previos no habían detectado<sup>18</sup>. Probablemente por la misma causa, los estudios sobre listas electorales o los datos agregados, al menos en zonas urbanas, apuntan también a una participación sensiblemente mayor de los sectores más acomodados<sup>19</sup>.

Finalmente, resulta curioso que en un país que ha vivido movimientos migratorios internos tan importantes se haya hablado tan poco de la potencial importancia de esta variable, ampliamente constatada a nivel comparado. Cuando menos de manera temporal, la inmigración implica tener que reconstruir la red de relaciones sociales que tan crucial resulta para llevar a los ciudadanos las urnas. En el caso español, a este factor se le suma que a menudo la emigración se hace hacia zonas con una cultura diferente, lo que puede implicar un esfuerzo de integración mayor. Las investigaciones sobre el caso catalán apuntan a una más elevada abstención de las últimas oleadas de inmigrantes y a una mayor propensión general a quedarse en casa en contextos de desmovilización<sup>20</sup>.

En definitiva, aunque pueda haber cierta discusión de grado sobre la capacidad discriminante de cada variable o incluso sobre la nitidez de los perfiles sociológicos de los abstencionistas españoles, parece claro que éstos no son muy distintos a los de nuestros vecinos y que la abstención es sociológicamente plural, aunque incide con más fuerza en aquellos que tienen menos recursos. Hasta dónde esta distribución es el efecto directo de esta desigualdad o en qué medida el resultado de opciones estratégicas de los partidos sigue mucho más abierto y volveremos a ello en la próxima sección.

---

<sup>18</sup> Entre los trabajos donde esta relación aparece destacan Feldman y otros (1989) o Torcal y Chibber (1995). De hecho, ya Justel (1995*b*) apunta que la ausencia de correlación empírica entre clase y abstención puede deberse a problemas de indicadores.

<sup>19</sup> En Madrid y Barcelona, por ejemplo, los distritos de clase media-alta como Salamanca y Sarrià-Sant Gervasi se encuentran siempre entre los que registran mayor participación, mientras distritos populares como San Blas y Nou Barris están siempre entre los menos participativos. Los estudios a partir de listas que se citan en el apartado correspondiente llegan a la misma conclusión, y en este caso sobre datos individuales.

<sup>20</sup> Para el caso catalán, el tema ha recibido considerable atención académica y ha provocado debates políticos e interpretaciones contrapuestas. Por ejemplo, Botella y Marcet (1986), Colomer y otros (1991), Font (1992) o Riba (1995).

---

### III.2. *La continuidad de los abstencionistas*

¿Son los abstencionistas de 1986 los mismos de 1982, con el añadido de otro 10 por 100, o, por el contrario, hay una mayor volatilidad entre ambas categorías que se compensa parcialmente por flujos bidireccionales? No hay en España información fiable a nivel individual para hacer un estudio de trayectorias de voto que nos permita ver el peso real a medio plazo de lo que podríamos llamar abstencionistas constantes, intermitentes y votantes constantes. Sin embargo, las distintas estimaciones realizadas sobre datos de encuesta más o menos corregidos coinciden en describir una realidad similar a la de otros países, con un núcleo mayor de abstencionistas intermitentes (que podría llegar hasta el 40 por 100 del censo electoral en el largo plazo) que no el de constantes (10-15 por 100). Incluso sin datos de encuestas y aun en el muy improbable supuesto de máxima continuidad electoral, la abstención constante en España no podría ser superior al 20 por 100 (cifra mínima de abstención) ni los votantes constantes ser más del 55 por 100 (cifra mínima de participación). De esta visión tan simplista obtenemos ya una abstención intermitente del 25 por 100, que, sin duda, es bastante mayor dada la escasa verosimilitud de los supuestos descritos<sup>21</sup>.

Este escenario nos obliga a replantearnos qué significan los perfiles antes descritos. En cada elección concreta hay un núcleo de votantes y otro de abstencionistas, pero no podemos hablar en general de ambas categorías como si estuviesen claramente definidas y aisladas. De hecho, un sector amplísimo de la población oscila con gran facilidad entre uno y otro comportamiento. Por tanto, si el cuerpo de abstencionistas «puros» (pongamos el 20 por 100 de 1977 ó 1982) se ve «adulterado» en elecciones como las europeas de 1989 o las municipales de 1991 con la inclusión en esta categoría de un sector de abstencionistas volátiles tan grande como el grupo originario, parece fácil de entender que los perfiles sociológicos sean relativamente poco marcados o que, cuando menos, sea preciso hablar de perfiles muy cambiantes en función de las características políticas de cada convocatoria.

Aun sin profundizar aquí en el tema, es preciso plantearse en qué dirección se modifican estos perfiles según las circunstancias políticas del momento. Es decir, si cambia el retrato-robot del abstencionista según hablemos de elecciones muy o poco participativas. Como ya hemos apuntado, el voto constante parece tener más presencia en el mundo rural, mientras que la abstención intermitente es fundamentalmente urbana. Asimismo, las elecciones más participativas han provocado una distribución social de la abstención más igualitaria, mientras que aquellas con mayores índices de abstención presentaban mayores desigualdades (Justel, 1995a; Borge y otros, 1994). En resumen, y retomando las críticas al planteamiento de Lipset con que abríamos este apartado, podríamos decir que existen unos factores de riesgo que hacen mucho

<sup>21</sup> Véanse Montero (1984) o Font (1992).

más probable que unos grupos y no otros se desmovilicen. Sin embargo, cuando los partidos tienen éxito en su función movilizadora estas diferencias tienden a verse reducidas, pues su acción reduce los costes de información y acentúa la percepción de beneficios entre los potenciales abstencionistas, anulando en muchos casos las desigualdades sociológicas de fondo.

#### IV. ¿POR QUÉ?

Entre los intentos de explicar la abstención encontramos todo tipo de clasificaciones de las razones para no votar: técnicas, sociológicas, políticas, de alienación, de contexto, etc. Sin embargo, desde la lógica del aparato anterior y tratando de huir de este marasmo clasificatorio y de encontrar un criterio intuitivo, podríamos distinguir entre aquellas explicaciones que enfatizan fundamentalmente la continuidad (es decir, aquellas variables independientes con valores relativamente estables que pueden ayudarnos a entender buena parte de la abstención constante), frente a otro conjunto de explicaciones con valores cambiantes y que nos permitirían acercarnos a los elementos de cambio en la abstención entre una y otra convocatoria. Muy buena parte de los déficits explicativos sobre la abstención se concentran principalmente aquí, en la explicación del cambio, pues la construcción de modelos explicativos a partir de los resultados de una elección concreta nos ha hecho enfatizar factores que cambian muy lentamente y que nos ayudan poco a entender las oscilaciones de la abstención y de su distribución.

##### IV.1. *Explicaciones de la estabilidad*

Los principales factores explicativos de la abstención han sido, en muy buena medida, los mismos utilizados para entender el conjunto del comportamiento electoral: estructura social y actitudes políticas, con atención cambiante en una u otra variable según el autor o la escuela.

Hemos dedicado ya bastante atención a los factores sociológicos en el apartado anterior. Pero si ahí veíamos a nivel descriptivo quiénes votan más o menos, aquí nos interesa subrayar aquellos factores que realmente contribuyen a explicar la desigual distribución social de la abstención. Factores de ciclo vital asociados a la edad, más algún efecto de los recursos asociados a la educación formal, son las dos variables con capacidad explicativa incontestada<sup>22</sup>. Al

---

<sup>22</sup> Las explicaciones del abstencionismo juvenil son, sin embargo, bastante dispares y no han sido exploradas en profundidad para el caso español. A nivel comparado, mientras algunos autores lo han considerado también una cuestión de recursos (la experiencia necesaria para estar informado y participar), otros han hablado de socialización incompleta o incluso de período en el que la política debe librar una dura competencia para atraer la atención del joven centrado en situarse profesional y afectivamente.

mismo tiempo, mientras Justel (1995*a*) incorpora también el papel del estado civil en tanto que elemento que comporta mayores estímulos a la movilización, Font (1992) atribuye un papel cambiante a la clase social, dependiendo de qué capacidad tengan los partidos de izquierda de invertir la mayor propensión a la desmovilización de su base social. Finalmente, Justel (1995*a*) concede también cierta importancia al hábitat y al sexo, especialmente en cuanto condicionador de las actitudes políticas<sup>23</sup>, aunque plantee abiertamente el interrogante de hasta dónde se trata de una relación espúrea<sup>24</sup>.

En cualquier caso, sí hay una considerable coincidencia a nivel teórico en cuanto a que la relación de estas variables sociológicas con la abstención se produce fundamentalmente a través de su papel como conformadoras de las actitudes políticas. ¿Y cuál es el papel de las actitudes? También en este terreno, la proliferación de variables explicativas a nivel comparado ha producido más confusión que claridad: alienación, interés, eficacia política interna o externa, etc. La voluntad de simplificar este esquema, sumado al criterio más práctico de tener que trabajar con encuestas españolas en las que a menudo no aparecen estos indicadores, ha llevado generalmente a la misma opción<sup>25</sup>: sintetizar el campo de las actitudes en dos macrovariables compuestas: interés e identificación.

Ambas han mostrado una clara asociación negativa con la abstención. Es decir, los menos interesados y, muy especialmente, los que carecen de identificaciones políticas con actores e instituciones conforman la gran mayoría del colectivo abstencionista. Pero si el interés parece una condición importante, también es cierto que hay bastantes interesados en cuestiones políticas entre los abstencionistas (Justel, 1995*a*). Sin que el colectivo de personas politizadas y críticas con el funcionamiento del sistema político constituya un perfil mayoritario entre la abstención, su presencia da un carácter marcadamente heterogéneo al colectivo en términos de politización, aunque el escaso interés sea mayoritario<sup>26</sup>. Por otro lado, la identificación se revela como la variable más

<sup>23</sup> Las diferencias en cuanto al sexo constatadas por ambos autores pueden deberse a los distintos ámbitos de estudio. Font (1992) está tratando con áreas metropolitanas donde probablemente, tanto a nivel de igualdad material como cuando menos de actitudes, las diferencias serán menores que en el mundo rural, que tiene un mayor peso en el universo de estudio de Justel (1995*a*). Por otro lado, Cancio (1982), trabajando sobre una zona con un importante componente rural como es Galicia, constata diferencias entre sexos casi nulas.

<sup>24</sup> Ninguno de los dos autores profundiza mucho en los porqués explicativos de esta variable, aunque más o menos explícitamente parecen combinar el efecto de los diferentes roles en la estructura social y el impacto de una socialización sexista. Algunas reflexiones sobre el impacto de esta variable en la participación, en Asthelarra (1990).

<sup>25</sup> Nos referimos nuevamente a Justel (1995*a*) y Font (1992).

<sup>26</sup> Muchos de los abstencionistas jóvenes podrían ser un ejemplo de esta no coincidencia entre abstención y desinterés, pues se trata de un sector que acude poco a las urnas y, sin embargo, es el más participativo a través de otros mecanismos «no convencionales» (Barnes y Kaase, 1979; Font, 1994). Justel (1995*a*) y Font (1992) coinciden en rechazar la idea de los abstencionistas como radicales antisistema, pero al mismo tiempo detectan claramente que la mayor parte de los mismos tiene una visión crítica de algunos elementos de la vida política, más que un desinterés generalizado.

crucial, siendo pocos los identificados que dejan de acudir a las urnas (Font, 1992).

Sin embargo, sabemos pocas cosas sobre qué significa realmente esta identificación. Por un lado, cualquier identificación parece suficiente para votar, sea una valoración positiva general del funcionamiento del sistema político o de alguno de sus líderes o actores<sup>27</sup>. Esto es coherente con el hecho de encontrarnos ante una forma de participación de bajo coste, ante la cual cualquier pequeño incentivo es suficiente para que votar valga la pena. Puede haber votantes que acudan a la cita electoral sólo por lealtad al sistema y otros que lo hagan por la identificación con alguno de sus elementos. Pero sería preciso ir más allá de estos conocimientos y de la vaga idea de cierta visión crítica en la mayor parte de los abstencionistas y profundizar en las características de sus universos político-actitudinales y de las elecciones que realizan ante el repertorio participativo que tienen a su alcance.

#### IV.2. *Explicaciones del cambio*

Todos los elementos citados en el apartado anterior cambian de manera muy lenta. Ni la estructura social, ni la pirámide de edades, ni la identificación con partidos e instituciones sufre grandes alteraciones en cuatro años que permitan explicarnos las oscilaciones de la abstención. Y es que estructura social o actitudes son importantes predisposiciones que nos ayudan a entender que haya sociedades más o menos participativas y que en éstas la participación se distribuya de forma más o menos igualitaria. Pero la decisión electoral depende también del papel de los actores (y fundamentalmente de los partidos) y del contexto político como elementos que actúan en estas predisposiciones y que las reactivan o las amortiguan según el momento.

Dado que hemos hablado ya de la importancia del contexto en el primer apartado de este trabajo, aquí insistiremos en el papel de los actores. Muchos de los primeros trabajos sobre la abstención percibieron ya de forma más o menos explícita lo que podríamos considerar su gran componente político: sus variaciones, e incluso su cambiante distribución sociopolítica, eran coherentes con las percepciones sobre el mapa político del país. Así, en 1979 hay más abstencionistas de izquierda (Justel, 1995a), en tanto que son las bases de estos partidos las que más resienten algunos de los consensos constitucionales; en 1982 es la única elección donde los jóvenes no se abstienen más (López Pintor, 1986), en tanto que algunas de las grandes promesas del PSOE les resultan particularmente atractivas; en Cataluña, la progresiva consolidación de CiU coincide con una creciente participación de la Cataluña interior, donde esta fuerza política obtiene grandes resultados (ESE, 1988), etc. Es decir, las predis-

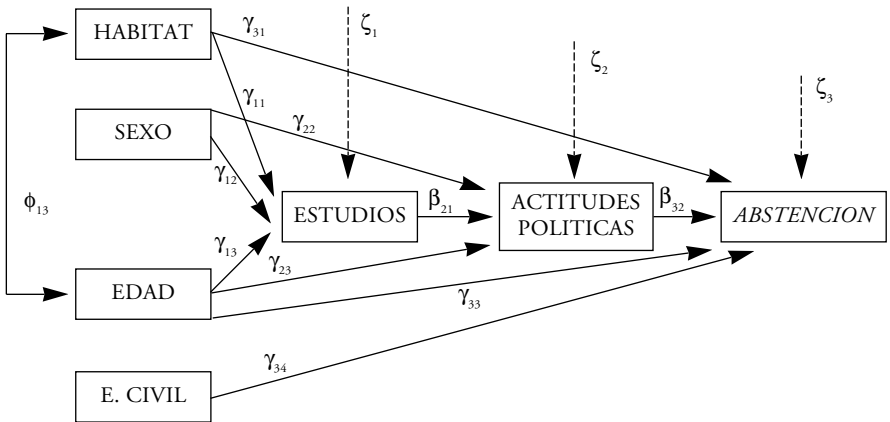
<sup>27</sup> En un país con una escasa identificación de partido (Del Castillo, 1990), parece claro que si ésta fuera la única identificación relevante la participación sería aún menor.

posiciones individuales de tipo sociológico o actitudinal resultan fundamentales, pero su efecto se ve en muy buena medida mediatizado por la actuación de los partidos que, con su acción cotidiana y electoral, puede desmovilizar prioritariamente a aquellos a quienes desengañan o movilizar selectivamente a aquellos a quienes priorizan en sus mensajes<sup>28</sup>.

En síntesis, ha habido dos intentos de construir modelos explicativos de la abstención electoral en España (figuras 1 y 2). Aunque ahora no insistiremos en ello porque ya han sido explicados de manera parcial, sí cabe hacer dos comentarios conjuntos: el «modelo Justel» tiene la ventaja obvia de haber sido globalmente comprobado, mientras que el «modelo Font» ha contado únicamente con verificaciones parciales. Por otro lado, el énfasis exclusivamente individual del primero provoca que queden fuera actores fundamentales de la decisión electoral, con lo que nos encontramos con un modelo probablemente incompleto. En cualquier caso, las coincidencias y puntos en común son suficientes para servir de base a posteriores réplicas, críticas o ampliaciones que, a la luz de todas las limitaciones apuntadas, parecen imprescindibles. Por poner sólo algún ejemplo, dos cuestiones centrales en la literatura comparada sobre el tema, como son los factores institucionales en sentido amplio<sup>29</sup> o el rol movilizador de los partidos y del contexto, han recibido muy escasa atención.

FIGURA 1

«Modelo Justel» de explicación de la abstención



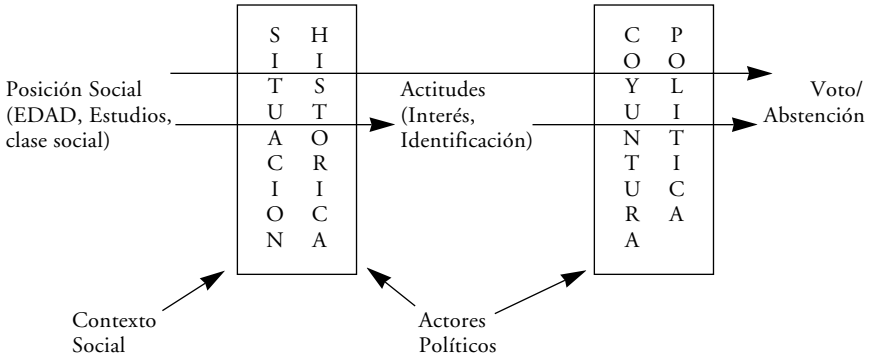
<sup>28</sup> Un planteamiento similar para la orientación del voto, en Torcal y Chibber (1995).

<sup>29</sup> La estructura institucional en sentido estricto es y ha sido demasiado estable para estudiar su papel sólo a partir del caso español. Sin embargo, podría estudiarse el efecto de los distintos grados de proporcionalidad real a nivel provincial o el efecto que pueda tener a nivel local la existencia de una política polarizada o consensual.



FIGURA 2

«Modelo Font» de explicación de la abstención



Finalmente, existe una última cuestión que enlaza de hecho las respuestas a éste y al siguiente apartado. A pesar de contar con la certeza de que la abstención no es un fenómeno homogéneo y pluricausal, persiste el interrogante de cuál es la estrategia de investigación más adecuada a la hora de analizar sus causas: tratar de construir una explicación general, que quiera ser aplicable en mayor o menor medida al conjunto del colectivo abstencionista, o bien optar por marcar claramente las diferencias entre sectores abstencionistas y trabajar en el desarrollo de tipologías plurales que distingan, por ejemplo, entre abstención técnica, por desinterés o por falta de identificación. Tanto a nivel comparado como en el caso español se han ensayado ambas opciones y se ha polemizado sobre cuál era la estrategia más apropiada<sup>30</sup>. Y aunque la respuesta fácil de reivindicar su combinación tenga parte de razón, los resultados de ambos procedimientos no son fáciles de cruzar pues parten casi de presupuestos epistemológicos diferentes.

V. ¿COMO?

¿Cuáles son las técnicas más apropiadas para el estudio de la abstención electoral? Sin duda, las dos grandes tradiciones existentes para el conjunto del comportamiento político, el estudio a partir de datos agregados y de encuestas

<sup>30</sup> A nivel comparado, las explicaciones generales han sido muy mayoritarias en el ámbito anglosajón, mientras que las tipologías tenían más éxito en Francia. En España, López Guerra (1978), Font (1991), Magre (1994) o Virós (1995) son ejemplos de la opción por las tipologías, mientras que Font (1992) elige y defiende la respuesta general y Justel (1995a) combina ambas estrategias.

de opinión, son procedimientos fundamentales. Pero la abstención cuenta con una posible tercera vía de estudio: los listados de electores que hay en cada mesa electoral, y a partir de los cuales podemos saber quiénes han votado y quiénes no con casi absoluta fiabilidad. A continuación exploraremos las ventajas e inconvenientes de cada uno de estos procedimientos y cuál ha sido su utilización y sus resultados en el caso español.

### V.1. *Datos agregados*

La propia distribución de los resultados electorales, su distribución geográfica y su evolución temporal pueden aportarnos ya ideas relevantes sobre el significado y las pautas profundas de determinado comportamiento. Este primer análisis se complementa en muchos casos con una segunda aportación que permite enriquecerlos en muy buena medida, el estudio de las correlaciones territoriales entre abstención y características sociológicas.

En esta tradición encontramos trabajos significativos, desde el análisis de Leguina (1986), que apunta por primera vez el proceso de urbanización de la abstención, hasta los más recientes trabajos de Justel (1990, 1995*a*), donde seguiría destacando el tema del hábitat, o de Riba (1995), para las variables sociológicas que explican diferencias de abstención entre elecciones generales y autonómicas en Cataluña.

Sin duda, cada uno de estos trabajos ha hecho aportaciones importantes, que en muchos casos habrían resultado menos fiables, más caras o imposibles de hacer por otros métodos. Pero al mismo tiempo han mostrado los límites de estos datos: en muchos casos resultaba imposible desentrañar las causalidades detrás de las correlaciones empíricas observadas y, en otros, los intentos de explicación contrastaban con lo que otras técnicas o el sentido común nos decían<sup>31</sup>. En cualquier caso, no podemos contemplar el estudio de las actitudes y resulta muy difícil hacer inferencias fiables a nivel individual, pasos ambos imprescindibles en el estudio completo del fenómeno.

### V.2. *Datos de encuesta*

Las encuestas son el único procedimiento que permite superar uno de estos déficits: el estudio de las actitudes, lo cual las convierte en instrumento fundamental en el estudio de la abstención. Desde su primera utilización en Bar (1981) o como complementos al análisis de los datos agregados (Mon-

---

<sup>31</sup> Por poner sólo dos ejemplos, el asociacionismo parecía no jugar ningún papel en Font (1992) cuando todas las evidencias comparadas apuntan su incuestionable papel. Por otro lado, los análisis agregados de Justel (1995*a*) parecen indicar una relación negativa entre educación y participación, al contrario de lo que sus propias encuestas y los estudios sobre listas electorales han demostrado.

tero, 1986), hasta su centralidad en los estudios ya citados de Font (1992) o Justel (1995*a*), su aportación al estudio de las actitudes y de los perfiles de los abstencionistas ha sido fundamental.

Sin embargo, a los problemas tradicionales de las encuestas, el estudio de la abstención le añade el tratarse de un comportamiento socialmente mal visto, lo que provoca una escasa aceptación pública del abstencionismo y, como consecuencia, su grave infrarrepresentación entre los entrevistados<sup>32</sup>. Esto nos plantea un primer problema menos grave (son menos de los que querríamos para estudiarlos en profundidad) y otro fundamental: ¿son representativos los que aparecen en las encuestas del conjunto de los abstencionistas? Aunque no haya respuestas definitivas sobre el tema, los datos que apuntamos en el próximo apartado apuntan algunos problemas graves que es preciso tener en consideración al utilizar estos datos.

Finalmente, las encuestas plantean también otro interrogante metodológico. En muchos casos, éstas incluyen preguntas donde se le solicita al entrevistado una explicación de la propia opción electoral. ¿Podemos aceptarlas como una fuente de información válida cuando hemos visto que se trata de un comportamiento socialmente mal visto? ¿Se tratará de una argumentación significativa o de una justificación para no ser considerado culpable de haber sido un «mal ciudadano»? ¿Es creíble que en algunas elecciones la mitad de los abstencionistas declarados digan que no «pudieron ir a votar», o sea, el 10 por 100 de la población, cuando hay países donde la abstención total queda muy por debajo de esta cifra? La tradición mayoritaria ha consistido en otorgar un valor limitado a estos datos, aunque del análisis de series temporales puedan extraerse algunas conclusiones significativas: el predominio de la perplejidad en 1979, de la crítica en 1991 o los pocos indiferentes de 1993 (Justel, 1995*a*)<sup>33</sup>.

Aunque no se trate de encuestas cuantitativas, es preciso hacer alguna referencia a la utilización de entrevistas en profundidad. A pesar de contar con los límites ya conocidos en torno a su representatividad, su uso como fuente fundamental (Ruano, 1988; Virós, 1995) o complementaria (Font, 1992) ha permitido ilustrar las constataciones empíricas anteriores con el discurso de los abstencionistas. Este no es siempre fácil de encajar en el tipo de explicaciones que hace «desde fuera» el científico social, pero seguramente la utilización de técnicas cualitativas no ha sido aún plenamente explotada en este tema.

---

<sup>32</sup> A pesar de que en España su legitimidad social sea mayor que en otros países del sur de Europa (Montero, 1990).

<sup>33</sup> Por ejemplo, López Pintor (1986) las utiliza críticamente cuando clasifica como «desinteresados» a los que aducen «falta de tiempo» para ir a votar. También Montero (1986) habla de la escasa utilidad de estas respuestas.

### V.3. *Listas electorales*

La utilización de las listas electorales punteadas en la jornada electoral ha sido otra de las técnicas de estudio de la abstención ampliamente utilizada en otros países. Su primer problema obvio es que en algunos países se trata de una opción ilegal y que, en todo caso, plantea problemas éticos relacionados con la privacidad de la decisión electoral. Si éstos se subsanan, nos encontramos ante otra estrategia de investigación de gran potencial. Estamos en el terreno de la decisión individual, que puede relacionarse con toda la información censal de esta persona evitando todos los errores de las encuestas, aunque, obviamente, carecemos de información sobre actitudes.

No existe, que sepamos, ningún estudio a partir de listas sobre una muestra representativa del conjunto de España. Sí ha habido, sin embargo, algunos estudios parciales (principalmente en Cataluña) que por sí solos nos aportan ya alguna información interesante sobre perfiles sociológicos de los abstencionistas y que, al ser comparados con las encuestas, nos sirven como mecanismos más o menos directos de validación de éstas. Desde los primeros estudios como el de Elías (1984) para dos barrios de Barcelona, pasando por el de Pallarés (1985) sobre Lleida, el de Zabala (1992) sobre Pamplona y la serie de tres elecciones estudiada para el caso de Barcelona<sup>34</sup>.

¿Qué matizaciones introduce el estudio de las listas a la información proveniente de encuestas? Principalmente, que parece haber categorías sociales de abstencionistas más y menos bien representadas en las encuestas. Los jóvenes y las personas con más estudios aparecen mejor representados, mientras que los adultos y las personas con estudios inferiores se encuentran más escondidos en los datos de las encuestas. Es decir, los jóvenes siguen absteniéndose más, pero quizá las encuestas lo sobreestiman por su mayor sinceridad al «confesar» su abstención. Por otro lado, si alguna duda quedaba de la importancia de la educación, casi todos los estudios hechos en base a listas confirman su papel, que se encuentra camuflado en las encuestas por la mayor sinceridad abstencionista de las personas con más estudios<sup>35</sup>.

Asimismo, estos estudios ofrecen la posibilidad de introducir mejor el análisis de la influencia del contexto social, que se ha mostrado como decisivo en algunos casos, provocando generalmente una menor participación de los grupos cuando son minoritarios en su entorno, sea por una sensación de aislamiento político, por efecto de lo que Lipset (1987) llamó «presiones múltiples» o de una red más débil de contactos movilizadores<sup>36</sup>.

<sup>34</sup> Véanse Ayuntamiento de Barcelona (1987 y 1988) y Borge y otros (1994).

<sup>35</sup> La clara capacidad discriminadora de la educación en estos estudios puede verse en Ayuntamiento de Barcelona (1987) o Borge y otros (1994). La comparación de sus perfiles con una encuesta del mismo ámbito, en Font (1992).

<sup>36</sup> Así, el estudio de Elías (1984) demostraba que los asalariados votaban menos en el distrito de Sarriá, donde son minoritarios, y el de Borge y otros (1994) que las clases medias lo hacían menos cuando residían en distritos populares.

En conclusión, tratar de dar una respuesta global al tema de la abstención requiere la combinación de estas técnicas, tal como se ha hecho en los estudios más completos sobre el tema. Los datos agregados serán fundamentales tanto para hacer un seguimiento constante (no es posible hacer una encuesta con mucho énfasis en la abstención después de cada elección) como para incorporarlos como marco contextual en los análisis individuales. Quizá en paralelo a los trabajos sobre unidades territoriales relativamente grandes, como la mayor parte de los realizados hasta ahora (CC.AA., provincias, comarcas), sería conveniente iniciar estudios más micro, que nos permitan aislar los efectos de variables políticas locales o estudiar nuevos hábitats que pueden tener pautas muy reveladoras<sup>37</sup>. Al mismo tiempo, los estudios sobre listas tendrán que reforzarse para validar los resultados de las encuestas. Y, una vez hecha esta validación, no valdrá con el «bien, ahora ya sabemos cuáles son los límites de las encuestas, obviemos el tema y sigamos adelante», sino que los datos fundamentales que las encuestas nos proporcionen tendrán que ser leídos con la precaución y el sentido crítico necesarios. Es decir, sin abandonar las encuestas, que han sido quizá el método más utilizado hasta ahora, sería preciso reforzar los demás (incluidos los métodos cualitativos) y hacerlos realmente más complementarios e integrados<sup>38</sup>.

## VI. ¿Y QUE?

Por último, es importante plantearnos qué significados políticos tiene la abstención. De hecho, este tema ha sido objeto de debate político de manera intermitente en el actual período democrático. Lo fue a finales de los setenta con el debate en torno al «desencanto democrático», del cual el crecimiento del abstencionismo en aquel período fue considerado uno de los más claros indicadores. El tema ha sido también objeto de debate y preocupación en muchas de las elecciones autonómicas catalanas o, a nivel español, cuando la abstención vuelve a sufrir otro crecimiento clarísimo en las elecciones municipales y autonómicas de 1991. El debate político se aviva en los momentos de máxima abstención (como expresión de una idea subyacente que considera una elevada participación como el ideal democrático), aunque la reflexión politológica sobre el tema ha contado con ideas muy contrapuestas al respecto. Centrare-

---

<sup>37</sup> Desde las zonas de chalets adosados de las afueras de Madrid a las zonas con importante presencia de vivienda de promoción sindical o nuevos barrios como la villa olímpica barcelonesa, que pueden resultar de especial interés para explorar el efecto de hábitats homogéneos o del proceso de creación de redes sociales.

<sup>38</sup> Este reclamo, que hicieron ya en su momento Linz y sus colaboradores (1981), ha sido reiterado por todas las personas que han trabajado el tema en profundidad. Sin embargo, y aunque hay algunos esfuerzos en esta línea en los trabajos de Justel (1995*a*), Font (1992) o Riba (1995), los problemas que plantea la plena integración de técnicas distintas no han sido plenamente resueltos en estas aportaciones.

---

mos la discusión en torno a dos grandes cuestiones: en primer lugar, qué importancia tiene que haya poca o mucha abstención, o, si se prefiere, ¿es deseable la participación para la estabilidad y la calidad de la democracia?; en segundo, qué implicaciones tiene la distribución social de la abstención y, por tanto, sus implicaciones desde el punto de vista de la relación entre igualdad política e igualdad social.

### VI.1. *Estabilidad y calidad de la democracia*

Cada vez que la abstención ha superado en España el 30 por 100 en elecciones legislativas o el 40 por 100 en otras convocatorias han saltado las señales de alarma: algo falla en el sistema de representación política cuando un sector tan amplio de la ciudadanía renuncia a su derecho al sufragio, era el razonamiento más o menos explícito de estas preocupaciones. El ideal de democracia, donde los ciudadanos no sólo tienen derecho a participar sino que, además, lo ejercen activamente, actuaba como referente de estos razonamientos, que fueron especialmente importantes a nivel español en las dos fechas citadas: 1979 y 1991. En el primer caso, porque se trataba de la primera experiencia de elevado abstencionismo y porque, además, éste encajaba en un clima general de «desencanto» que también se reflejaba en indicadores actitudinales y en desafiliación y desmovilización política<sup>39</sup>. Las elecciones de 1982 se encargaron de demostrar que algunos tremendismos eran exagerados y borraron del debate público el tema de la abstención.

El comportamiento de la abstención y de otros indicadores hacían temer a algunos que el futuro de la democracia corriera peligro. De hecho, la conexión entre abstención electoral y estabilidad democrática no es nueva y ha sido objeto de constante polémica entre científicos sociales. Mientras que algunos planteaban que una participación electoral excesiva era síntoma de polarización extrema y, con ello, un posible indicio de peligro para la salud de la democracia, otros se encargaban de demostrar la falsedad de las bases empíricas de dicha afirmación<sup>40</sup>. Por otro lado, aunque en Occidente pueda no haber casos de elevado abstencionismo como antecedente a una ruptura del sistema democrático, la tímida respuesta popular a algunos intentos autoritarios sí ha sido precedida a menudo por una escasa participación electoral<sup>41</sup>. En todo

<sup>39</sup> Dos reflejos de esta interpretación a nivel académico son Del Aguila (1982) o Laraña (1982). Mientras el primero relaciona la apatía con una crisis de los partidos en muy buena medida provocada por la dinámica consensual y elitista de aquellos años, el segundo considera que se trata de un cuestionamiento generalizado del sistema de representación política. Incluso autores tan moderados como Linz y sus colaboradores (1981) plantearon el tema como una de las asignaturas pendientes de la transición y como potencialmente grave si se mantenía a medio plazo.

<sup>40</sup> Una interesante síntesis del debate, en Jackman (1987).

<sup>41</sup> Nos referimos fundamentalmente a golpes de estado latinoamericanos, aunque la escasa movilización que se da el mismo 23-F podría hacer pensar en un fenómeno similar, muy a pesar de las multitudinarias manifestaciones antigolpistas del 27-F.

caso, la relación parece menos sencilla que el considerar la alta o la baja participación como intrínsecamente buena o mala para la estabilidad democrática. Una participación elevada no es necesariamente síntoma de conflicto político preocupante, mientras que un nivel escaso puede estar expresando muchas cosas, aunque su reiteración en contextos donde la democracia sea cuestionada puede reforzar los argumentos de los sectores autoritarios.

El tema reaparece en la política española con la elevada abstención de 1991. Si el 37,4 por 100 de aquella fecha es el detonante que provoca mayores polémicas<sup>42</sup>, una tendencia creciente desde mediados de los ochenta había hecho reaparecer algunas referencias al tema, aunque ahora con una variación significativa: la estabilidad de la democracia estaba fuera de discusión, pero empezaba a crecer la preocupación sobre lo que muchos han llamado la «calidad» de la democracia (Montero y Torcal, 1990). ¿Hay una peor democracia si los ciudadanos no utilizan su derecho al sufragio? Aunque se ha profundizado poco en el debate, podemos encontrar desde posturas radicalmente optimistas hasta planteamientos más o menos abiertamente críticos.

Es fácil coincidir con los optimistas en cuanto a considerar que la abstención en España tiene un creciente componente táctico y, por tanto, no significa mayoritariamente un cuestionamiento de las reglas del juego democrático<sup>43</sup>. Sin embargo, esta misma consideración de la abstención como una opción racional, muy lejos de su imagen tradicional de marginalidad social y política, implica reconocerle un componente crítico. Si hemos coincidido en apuntar a la identificación política como a variable explicativa clave, parece razonable pensar que la desmovilización electoral coincide con crisis en alguno de los componentes de estas identificaciones. La crisis de identificación no tiene por qué serlo con el sistema, sino con reglas concretas, protagonistas, prioridades o estilos de actuación<sup>44</sup>. Está claro, además, que la identificación que lleva a votar no tiene por qué ser muy intensa. De hecho, en muchos casos se trata quizá más de una identificación negativa, que lleva a votar para que no gane el adversario<sup>45</sup>. Pero, aunque parezca paradójico, incluso estas identificaciones negativas son positivas para la salud democrática. Que existan opciones claramente diferenciadas y que, por tanto, permiten ejercer una verdadera elección significa llenar de contenido a la democracia, aunque el voto no signifique identificación absoluta con el proyecto elegido. Por el contrario, la percepción

<sup>42</sup> En estos contextos vuelve a hablarse de la abstención «como la primera fuerza política del país» (Altuna y otros, 1991), del abstencionismo como «nuevo actor en el escenario» (Astorkia, 1991) o, ante las autonómicas catalanas de 1992, un semanario titula su portada con un «Guanya el partit abstencionista» («Gana el partido abstencionista», *El Temps*, 3-2-92). Para una crítica a este tipo de interpretaciones unitarias de la abstención, véase Montero (1984).

<sup>43</sup> Justel puede ser un claro exponente de esta postura, tanto en su trabajo sobre abstención (1995b) como en el terreno de la cultura política (1992).

<sup>44</sup> Los componentes críticos de la abstención y su alcance son discutidos en más profundidad en Font (1992), Magre (1992), Molas (1994), Ruano (1988) o Virós (1995).

<sup>45</sup> La movilización de las elecciones generales de 1993 respondería muy probablemente a estas características, aunque falte un estudio que lo documente con claridad.

de que no existe alternativa o de que hay una sola política posible es la que vacía de contenido al proceso electoral, haciéndole perder su capacidad de ejercer como mecanismo de representación de intereses.

Por tanto, si una abstención elevada a corto plazo puede no ser una mala señal en cuanto a calidad de la democracia, su persistencia sí indicaría déficits en cuanto al rol de las elecciones como mecanismo regulador del conflicto político. Sobre todo si hablamos de un país donde la participación escasa no se da sólo en el ámbito electoral, sino que forma parte de un déficit participativo mucho más amplio y general que puede acentuar el proceso de elitización de la vida política<sup>46</sup>.

## VI.2. *Igualdad y participación*

Pero si a menudo nos preguntamos si es buena o mala la participación, la discusión sobre las consecuencias políticas de quién participa y quién no es mucho menos frecuente. Es decir, si hemos constatado que hay grupos que con cierta regularidad acuden menos a las convocatorias electorales, ¿tiene esto alguna consecuencia en la distribución del poder y en las agendas políticas de las instituciones? La pregunta tiene un componente más coyuntural y otro más importante a medio plazo. El primero ha sido abordado más a menudo y se ha traducido en «el partido X ha sido perjudicado por la abstención». En este terreno sólo es preciso hacer una puntualización: la abstención no depende fundamentalmente de agentes externos que puedan «perjudicar» o «beneficiar» a los partidos, por lo que más que utilizar estas expresiones parece apropiado decir que ha habido partidos más o menos capaces de movilizar a sus electores. Sin olvidar, obviamente, que las características sociológicas habituales de los electorados de izquierdas los hacen más difícilmente movilizables que los de derechas y que, por tanto, aquéllos tienen ante sí mayores obstáculos<sup>47</sup>.

Más a medio plazo, el hecho de que algunos sectores sociales se encuentren poco representados en las instituciones plantea el interrogante de si van a resultar perjudicados por las decisiones que éstas tomen. De hecho, éste sería el resultado normal si partiéramos del supuesto de que los políticos actúan tratando de maximizar sus futuros rendimientos electorales. ¿Para qué defender a aquéllos que no nos votan si su apoyo es tan improbable? Esta situación llevaría a lo que algunos han caracterizado como el círculo vicioso de la abstención:

---

<sup>46</sup> Allí donde la participación electoral es baja pero hay una sociedad activa en otros ámbitos (por ejemplo, EE.UU.) nos encontraríamos ante otra situación de utilización «heterodoxa» del repertorio participativo de una sociedad democrática, pero no ante una situación de pasividad general. Datos y reflexiones interesantes al respecto, en Rosenstone y Hansen (1992).

<sup>47</sup> No parece preciso demostrar aquí que, a pesar de las estrategias *catch-all* de la mayor parte de los partidos actuales, en la mayor parte de los países los electorados siguen teniendo perfiles sociológicos diferenciados. Para el caso español, los trabajos ya citados de Feldman y otros (1986) o González (1992).



aquellos que se sienten menos representados dejan de votar, con lo cual sus intereses son tenidos menos en cuenta, lo que, a su vez, alimenta su sentimiento de exclusión y refuerza su alejamiento de las urnas y con ello su olvido por los políticos. Aunque esta tesis ha sido afirmativamente contrastada en otros ámbitos<sup>48</sup>, con todo lo ya dicho sobre la abstención en España parece claro que éste no es un perfil representativo del conjunto del universo abstencionista español. Sí puede serlo, sin embargo, de algunos de sus sectores más constantes, por lo que el tema merecería más atención de la que ha recibido hasta ahora<sup>49</sup>. El sufragio universal fue una conquista fundamental, pero su ejercicio en sociedades muy desiguales es sólo en primer paso y queda lejos de ser una garantía para la existencia de igualdad política real.

En definitiva, las posibles consideraciones normativas sobre la abstención son cruciales y han recibido muy escasa atención en el caso español, donde ha predominado un enfoque estrechamente empírico en muchas de las investigaciones. En otros casos, la polarización de posturas y la percepción de la necesidad de defender a la democracia de sus enemigos llevó, quizá de manera exagerada, a desproblematizar el tema<sup>50</sup>. Pero una vez que la democracia está fuera de discusión y que el debate se plantea en torno a la calidad de la democracia y al significado de la igualdad política, quizá sería hora de sentar en la misma mesa a los «empiristas» investigadores del comportamiento político y a los «filósofos» teorizadores de la democracia para discutir conjuntamente qué pasa si el voto (como el dinero) es escaso y encima está mal repartido.

## BIBLIOGRAFIA

- AJUNTAMENT DE BARCELONA (1987): *Eleccions municipals a Barcelona, 1983. Estudi de l'abstenció*, Ajuntament de Barcelona.
- (1988): *Eleccions al Parlament de Catalunya, 1988. L'abstenció a Barcelona*, Ajuntament de Barcelona.
- ALTUNA, M., y ECHENAGUSIA, J. (1991): «Madrid es mucho Madrid», *Alfóz*, 81-82.
- ASTHELARRA, J. (ed.) (1990): *La participación política de las mujeres*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- ASTORKIA, J. M. (1991): «La abstención en la Comunidad de Madrid», *Alfóz*, 81-82.
- BAR CENDÓN, A. (1981): «La participación política en España: análisis de dos factores determinantes», *Revista de Estudios Políticos*, 23.

<sup>48</sup> Por poner sólo dos ejemplos, a nivel de países esta situación se reflejaría muy especialmente en el caso de los EUA, donde la desigualdad social de la abstención es especialmente marcada (por ejemplo, Piven y Cloward, 1989). También a nivel comparado se ha demostrado que los partidos conservadores han practicado políticas más neoliberales allí donde la abstención electoral de la clase trabajadora era mayor (Stack, 1979). Algunas reflexiones sobre el caso español, en Maravall (1981).

<sup>49</sup> Algunas referencias al respecto, en Del Aguila (1982) y Font (1992).

<sup>50</sup> Me refiero muy especialmente a bastantes de las aportaciones de mediados de los ochenta que, en medio de la reacción postgolpista, tratan de replicar a aquellos que habían igualado desencanto a crisis de la democracia.

- BARNES, S., y KAASE, M. (eds.) (1979): *Political Action*, Sage.
- BORGE, R., y otros (1994): *L'abstenció electoral en les eleccions municipals de 1991 a Barcelona*, Ajuntament de Barcelona.
- BOTELLA, J., y MARCET, J. (1986): «La inmigración en Cataluña: Electores, partidos y representación política», *Fomento Social*.
- CANCIO, M. (1982): *El laberinto de las autonomías y las castas periféricas dominantes*, Edicions do Castro.
- COLOMER y otros (1991): *Factors de l'abstenció electoral a la ciutat de Rubí*, mimeo.
- CORBETTA y PARISI (1995): «Electoral abstentionism in Italy», en Font y Virós (eds.).
- DEL AGUILA, R. (1982): «Partidos, democracia y apatía: una interpretación», *Revista de Estudios Políticos*, 20.
- DEL CASTILLO, P. (1990): «Aproximación al estudio de la identificación partidista en España», *Revista de Estudios Políticos*, 70: 125-141.
- ELIAS, J. (1984): «Perfil de l'abstencionista en el referendun constitucional de 1978 i a les eleccions municipals de 1979 als barris de Sant Gervasi i La Guineueta», *Estudis Electorals*, 7.
- EQUIP DE SOCIOLOGIA ELECTORAL (1990): «Atlas electoral de Catalunya, 1982-88», *Estudis Electorals*, 9.
- FELDMAN, A.; RODRÍGUEZ, J., y GARCÍA PARDO, N. (1989): «La estructura social y el apoyo partidista en España», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 47.
- FONT, J. (1991): «Som 2 milions: els abstencionistes a les eleccions autonòmiques de 1988», *Estudis Electorals*, 10.
- (1992): «L'abstenció metropolitana: els casos de Madrid i Barcelona», Tesis Doctoral, UAB.
- (1994): *La participació política dels joves*, Fundació Ferrer i Guardia, Barcelona.
- FONT y VIRÓS (eds.) (1995): *Electoral abstention in Europe*, ICPS, Barcelona.
- INGLA, P., y PALLARÉS, F. (1981): «Les eleccions al Congrés del 15 de juny de 1977 a l'Alt Urgell», *Estudis Electorals*, 2.
- JACKMAN, R. (1987): «Political institutions and voter turnout in the industrial democracies», *American Political Science Review*, 2.
- JUSTEL, M. (1983): *Los viejos y la política*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- (1990): «Panorámica de la abstención electoral en España», *Revista de Estudios Políticos*, 62: 343-396.
- (1992): «Edad y cultura política», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 58.
- (1995a): *La abstención electoral en España, 1977-1993*, CIS, Madrid.
- (1995b): «Electoral abstention in Spain: Characteristics and factors», en Font y Virós (eds.), *Electoral abstention in Europe*, ICPS, Barcelona.
- LARAÑA, E. (1982): «Desencanto, crisis de autoridad y nacionalismo en la evolución política del País Vasco», *Revista Internacional de Sociología*, 101-118.
- LEGUINA, J. (1986): «La evolución del voto, 1982-86. España y Madrid», *Sistema*.
- LINZ, J. J., y otros (1981): *Informe sociológico sobre el cambio político en España, 1975-81*, Fundación Foessa.
- LIPSET, S. (1987): *El hombre político*, Tecnos.
- LÓPEZ GUERRA, L. (1978): «Abstencionismo electoral en contextos no democráticos», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 2.
- LÓPEZ PINTOR, R. (1986): «Decisión electoral y cultura política en España, 1977-83», *Estudis Electorals*, 8.
- MAGRE, J. (1993): *L'abstencionisme entre els joves a Catalunya: una primera tipologia*, ICPS, WP 76.
- MARAVALL, J. M. (1981): *La política de la transición*, Taurus.
- MOLAS, I. (1994): *Absténir-se és un altre manera de participar*, ICPS, WP 100.
- MONTERO, J. R. (1984): «Algunos supuestos interpretativos en torno al "partido abstencionista"», *Estudis Electorals*, 7.
- (1986): «La abstención electoral en las elecciones legislativas de 1982: términos de referencia, pautas de distribución y factores políticos», *Revista de Estudios Políticos*, 22.
- (1990): *Non-voting in Spain: some quantitative and attitudinal aspects*, ICPS, WP 22.

- MONTERO, J. R., y TORCAL, M. (1990): «La cultura política de los españoles: pautas de continuidad y cambio», *Sistema*, 99.
- PALLARÉS, F. (1985): «El comportamiento electoral a la circunscripció de Lleida (1977-83)», Tesis Doctoral.
- (1995): «Las elecciones autonómicas en España», en Del Castillo (ed.), *Comportamiento político y electoral*, CIS, Madrid.
- PIVEN, F., y CLOWARD (1989): *Why americans don't vote*, Pantheon Books.
- RIBA, C. (1995): «Vot dual i abstenció diferencial», Tesis Doctoral, UAB.
- ROSENSTONE, S., y HANSEN, J. (1993): *Mobilization, participation and democracy in America*, Macmillan.
- RUANO GÓMEZ, J. (1988): «La abstención electoral en la juventud madrileña», *Política y Sociedad*, 1: 105-107.
- SEQUEIROS, J. L. (1987): «El comportamiento político en un paisaje de pequeños propietarios agrícolas», en VV.AA., *Comportamiento electoral y nacionalismo en Cataluña, Euskadi y Galicia*, Universidad de Santiago.
- STACK, S. (1979): «The effects of political participation and socialist party strength on the degree of income inequality», *American Sociological Review*.
- TORCAL, M., y CHIBBER, P. (1995): «Elites, cleavages y sistema de partidos en una democracia consolidada: España (1986-1992)», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 69.
- VALLÉS, J. M. (1981): «Les eleccions de 1977 a Espanya: una aproximació geogràfica i estadística als resultats», *Estudis Electorals*, 2.
- VILANOVA, M. (1986): «Atlas electoral de Catalunya durant la Segona Republica», *Estudis Electorals*, 5.
- VIRÓS, R. (1994): *A qualitative approach to electoral abstention*, ICPS, WP 98, Barcelona.
- ZABALA, J. R. (1992): «La abstención en Pamplona», comunicación presentada en las *Jornadas sobre comportamiento político y electoral*, UNED, Madrid.

## RESUMEN

El artículo pretende hacer una revisión crítica del estado actual de los conocimientos sobre abstención electoral en España, entre los que destaca la contribución de Manuel Justel a los mismos. Para ello se organiza la discusión en torno a seis grandes preguntas: ¿Cuándo?, es decir, en qué circunstancias políticas y tipos de elecciones hay más abstención; ¿Dónde?, o sea, en qué zonas y tipos de hábitats se encuentra la abstención más o menos presente; ¿Quién?, discutiendo los perfiles sociales y las trayectorias electorales de los abstencionistas; ¿Por qué?, donde se sintetizan las grandes explicaciones del fenómeno para el caso español; ¿Cómo?, con las ventajas e inconvenientes de cada una de las posibles estrategias de investigación, y, finalmente, ¿Y qué?, sobre las implicaciones políticas de la abstención. Para cada una de estas secciones se señalarán las evidencias claras, las polémicas y los interrogantes abiertos.

## ABSTRACT

This paper aims to present a critical overview of the studies that have been carried out to date on electoral abstention in Spain, Manuel Justel's contribution being one of the most outstanding in this respect. To this end, the analysis is structured around six important questions: When? i.e. what political circumstances and types of election generale the highest level of abstention? Where? i.e. in what regions and types of habitat is abstention more of less prevalent? Who? i.e. the social profile and voting track record of abstainers. Why? what are the principle explanations for this phenomenon in terms of Spanish society? How? with the advantages and drawbacks of each potential research strategy. And finally, What are the political implications of electoral abstention? This paper presents the whys and the wherefores of each question, and discusses the polemics and the questions that still have to be answered.

---

# ESTUDIOS